

punto que el mismo hombre á cuyo servicio está destinado el metal, sea estimado en menos que él, de suerte que hay persona tan pesada como el plomo, y que no tiene más sentido que un tronco, que á la necedad reúne la maldad, y sin embargo tiene por esclavos á otros sabios y honrados, sólo porque á él le cupo en suerte el tener gran cantidad de escudos.... A más de esto se maravillan y abominan de la locura de aquellos que á los que conocen ricos, aun cuando no les deban nada, ni estén ligados con ellos por ninguna obligación, sólo por ser ricos los honran tanto que no falta sino que los veneren como á dioses; y esto conociéndolos tan escasos, miserables y avarientos, hasta saber con certeza que de tan grandes tesoros no les han de socorrer con un maravedí.» — *J. B.*

## EL SOCIALISMO.

### ARTÍCULO 6.º

#### LA UTOPIA DE TOMÁS MORO.

(Conclusión.)

No hace consistir Tomás Moro la felicidad del hombre en la satisfacción de las pasiones, como lo han hecho los novadores irreligiosos; no prescinde de la inmortalidad del alma y de los premios y castigos que le están reservados en la otra vida: explicando los principios de la filosofía moral entre los utopianos, afirma que los fundamentos de ella son que el alma es inmortal, nacida por la bondad de Dios para ser feliz, y que á la virtud y al vicio les está reservado el premio ó el castigo. Combate con mucha solidez el principio que pretende afianzar la moral

sin ningún freno por lo que se espera ó teme después de esta vida, diciendo: Seguir las dificultades y asperezas de la virtud, no sólo huyendo de lo suave de la vida sino voluntariamente abrazando y sufriendo pesares, cuando de ello no se espera ningún fruto, afirman los utopianos ser locura; porque si después de acabada la vida no se consigue premio, ¿de qué sirve haberla pasado miserablemente? . . . . .

Definen la virtud diciendo que consiste en vivir según la ley natural, y que para sólo esto fuimos criados por Dios, siguiendo el verdadero camino aquel que conforma sus apetitos á la razón. Finalmente enseñan que esta misma razón inflama á los hombres en el amor y veneración de Dios, á quien somos deudores del ser que tenemos, y de que seamos capaces de alcanzar la dicha.

Se ha inculcado al autor de la Utopía por haber presentado á su isla imaginaria poseyendo esclavos, extrañándose algunos de que no desterrase este uso tan poco conforme con la suavidad de costumbres que se proponía retratar; mayormente cuando en su tiempo ya el cristianismo había llevado las cosas á tal punto que en casi toda la Europa se había efectuado la emancipación, y se mejoraba señaladamente el sistema feudal. No obstante, si se lee con reflexión el capítulo donde el ilustre canciller trata de los esclavos, se verá, que así en cuanto al origen de ellos, como por lo tocante al modo de tratarlos, la esclavitud en la isla de Utopía es de tal clase que apenas desdora el país en que se halla establecida.

En primer lugar dice que los utopianos no reducen á la esclavitud á los prisioneros de guerra, ni aun á aquellos que la comenzaron. Ese estado degradante tampoco se transmite en Utopía de padres á hijos, y no compran á ninguno que esté en servidumbre en otras naciones. De esta suerte ciegan los tres manantiales de esclavitud que son la guerra, el nacimiento y la venta. ¿Á quiénes, pues, tienen por esclavos? Á los que han sido condenados á ello por algún delito, sea que este castigo se les haya impues-



to en la misma isla, sea que, perteneciendo á otro país, hayan sufrido en él la misma pena. Así, estos esclavos, más bien deben ser considerados como condenados á presidio; por lo cual los tienen en prisiones, tratándolos con dureza, ocupándolos continuamente en trabajar para que de esta suerte expien sus crímenes. Hállase allí, dice, otra suerte de servidumbre que es cuando algún extranjero pobre y de baja condición, elige él mismo someterse á servir. Á los de esta calidad los tratan benignamente y los tienen por poco menos que ciudadanos, excepto que les cargan algo más de trabajo; pero si alguno quiere marcharse, lo que sucede raras veces, no le detienen contra su voluntad, ni lo despiden sin galardón.

Un lunar se encuentra en dicha obra relativo al suicidio, pues que refiere una costumbre de los utopianos que de ningún modo se puede excusar. Después de haber dicho que los enfermos son asistidos con gran caridad, y que no se deja sin emplear ningún medio que pueda contribuir al restablecimiento de la salud, dice, que si alguno padece enfermedad prolija, le entretienen conversando con él y aligeran cuanto pueden sus padecimientos; mas, que si la enfermedad es incurable, y continuamente dolorosa, los sacerdotes y el magistrado confortan al paciente, procurando persuadirle que, supuesto que ya se halla inepto para los oficios de la vida, molesto á los demás y pesado á sí mismo, no quiera alimentar la maligna enfermedad, y que antes bien no dude en morir, ó quitándose él propio la vida, ó dejándose matar. Claro es que esta doctrina es insostenible en buena moral; y si bien Tomás Moro sólo la presenta como una costumbre de una república que no existe, creemos que hubiera hecho mejor en no ofrecer á los lectores semejante ficción, que puede infundir sospechas de si él creía tal vez, que esta clase de suicidios eran permitidos. Si así opinó, padeció un error, sin duda involuntario; ya que al fin de su vida manifestó tanto heroísmo en defensa de la verdad, arrojando por no abandonarla los horrores de un suplicio.

En cuanto al suicidio perpetrado sin el consentimiento de los sacerdotes y del magistrado, aun cuando mediare enfermedad, dice que los utopianos lo consideran como un crimen, pues no dan sepultura al cuerpo del culpable y le arrojan á una laguna.

Las mujeres no disfrutan en Utopia la libertad que quieren concederles los reformadores irreligiosos. Hállase establecida en aquel país la monogamia, y si alguno antes del matrimonio comete algún acto deshonesto, queda perpetuamente privado de contraerle, y es castigado además con gravísimas penas. Por lo tocante al divorcio, dice que no puede tener lugar en Utopia sino por el adulterio ú otra molestia insufrible; bien que añade que para este efecto se necesita permiso del senado, y que éste lo otorga con mucha dificultad, para que no se conciba fácilmente la esperanza de apartarse de su cónyuge. Aquí es menester advertir que se trata de un pueblo donde no ha llegado la luz del cristianismo, con lo cual se disipará la extrañeza que esta costumbre pudiera causar.

El adulterio es castigado con penas severas, y basta la provocación á la lujuria para hacerse reo del castigo; pareciéndoles, dice, que la voluntad determinada á pecar, aun cuando no llegue á efectuarlo, no debe quedar impune.

Es curioso ver á un escritor de principios del siglo xvi, cuando el espíritu militar se hallaba todavía en mucho auge, cual pinta la guerra como cosa indigna de hombres, cual se esfuerza en persuadir que es falsa la gloria que en ella se adquiere, diciendo que los utopianos lejos de considerarla como verdadera gloria, la reputan por grande infamia. Es notable lo que refiere de los habitantes de Utopia, quienes no apelan á las armas sino en caso de extrema necesidad; esto es, para defender sus tierras, ó vengar graves injurias, ó acudir al socorro de sus amigos, siendo particular el que emprendan la guerra más airadamente que nunca, para exigir satisfacción de los agravios sufridos por los negociantes en países extraños. En pocas obras de



aquel tiempo se encontrará, que uno de los priros para motivos de hacer la guerra sea el vengar ofensas esclavos hayan hecho á viajeros particulares, que recorrian los países extranjeros para hacer su negocio.

La suavidad que se ha introducido en la guerra en los últimos tiempos, la auguraba ya Tomás Moro. No saquean, dice, ni talan la tierra del enemigo, ni ponen fuego á los sembrados, antes procuran con el mayor cuidado posible que no se echen éstos á perder hollándolos los peones y los caballos; pues consideran que también pueden servir para su provecho. No ofenden á nadie que vaya desarmado, si no es espía; amparan las ciudades que se les rinden, y no saquean las conquistadas, exceptuando las casas de aquellos que querían impedir la rendición, á cuyos dueños quitan la vida reduciendo á los demás á esclavitud.

Supone que en Utopia hay varias religiones, adorando unos el sol, otros la luna, otros las estrellas errantes, otros á hombres insignes en virtud; pero la mayor parte y más sabia, dice, no reverencia ninguna de estas cosas; antes juzga que hay una divinidad oculta, eterna, inmensa, inflexible, la cual con su poder, mas no con dimensión corpórea, se extiende por todo el universo. A ese Dios le llaman padre; de él reconocen que vienen todas las cosas; á él le miran como causa de todos los aumentos y mudanzas; á él le reconocen como fin de todo cuanto existe, y sólo á él le rinden honores divinos. Los demás, bien que adoran cosas diversas, concuerdan también en que hay un sumo Dios criador de todas las cosas, y que todas las conserva con su providencia.

La tolerancia religiosa es una de las costumbres de Utopia: bien que no se permite á nadie el sostener que las almas mueren con los cuerpos, que no hay premios y castigos en la otra vida, y que el mundo es gobernado por el acaso. Los que á tal extremo de error llegaren, son tenidos por peores que los brutos; no se los cuenta en el número de los ciudadanos, creyendo que nada puede esperarse de ellos, y que antes bien es de suponer que despre-

ciarán las buenas costumbres y las instituciones más respetables. No los admiten á los honores, ni les dan ningún puesto en la república, antes los consideran como ineptos para todo. Este es el único castigo que les aplican; les prohíben además el disputar sobre esto, especialmente en presencia del vulgo; y exhortan á los sacerdotes á que confieren con ellos, esperando que semejante locura deberá ser vencida por la razón.

Tienen en grande estima la felicidad de las almas en la otra vida: no lloran á los muertos, y miran como agüero muy malo si alguno teme el dejar la vida, considerando que este temor puede dimanar del mal estado de la conciencia, y porque además opinan, que no es agradable á Dios el que no corramos voluntariamente hacia él cuando se digna llamarnos. Si ven morir á alguno de esta manera se entristecen mucho, lo entierran sin pompa, y ruegan á Dios que perdone aquella flaqueza. Al que muere con alegría y buena esperanza, no le lloran: encomiendan su alma á Dios y le hacen las exequias con gozo. Levantan una gran columna donde esculpen las alabanzas del difunto, y en volviendo á sus casas relatan las virtudes que le adornaban, recomendando la muerte placentera en que acaba de expirar. Conceptúan que semejante conmemoración estimula á los vivientes, y es un culto muy agradable á los difuntos; pues creen que éstos se hallan presentes á dichas pláticas, pensando que no serian felices si no pudiesen ir donde les pluguiera, y que fueran ingratos si no desearan volver á ver á sus amigos con quienes se hallaban unidos en vida con reciproco amor. Opinan que en los muertos no se disminuye la caridad, sino que más bien se aumenta; y así es que se figuran que andan entre los vivos; y con su auxilio acometen ardientemente todo linaje de empresas. Esta presencia de los difuntos los induce también á guardarse de cosas malas aun en secreto.

Por la breve reseña que acabo de presentar sobre la Utopia de Tomás Moro se echa de ver la distancia que va de sus doctrinas (aun cuando supone una república en que no



se conoce la verdadera religión), á las monstruosidades de aquellos que no viendo en el hombre más que cuerpo y pasiones, prescinden de todo principio religioso y moral, desprecian la tradición de los siglos, y no atienden en la reorganización de la sociedad, sino á las inspiraciones de su orgullo. Es preciso desengañarse: esta diferencia existirá siempre entre el filósofo religioso y el impío: por más que aquél se abandone á los sueños de su imaginación, por más que dé rienda suelta á la inventiva de su ingenio, siempre resultarán mucho más razonables sus sistemas, siempre se echará de ver que el uno anda sin guía, á merced de sus caprichos, mientras el otro procede ilustrado por una antorcha sobrenatural que no le deja extraviar completamente, aun cuando á él parezca que camina conducido tan sólo por la luz de la razón.—*J. B.*

## VERDADERA IDEA DEL VALOR

### Ó REFLEXIONES

#### SOBRE EL ORIGEN, NATURALEZA Y VARIEDADES DE LOS PRECIOS

Valor: he aquí una de aquellas palabras que todo el mundo usa, que nadie determina, y en cuya aplicación es tanto más difícil el acierto cuanto mayor es la ignorancia de su verdadero sentido, y la inadvertencia con que se la emplea. No se ha observado bastante una muy notable particularidad que á cada paso ofrece el lenguaje, y es, que á pesar de que parezca abandonado al capricho, á la ignorancia, á la inadvertencia, y en fin á cuanto es á propósito para echarle á perder del todo, ó al menos para quitarle toda presunción de exactitud, tiene sin embargo las más de las veces un admirable fondo de buen sentido y no pocas de finísimo discernimiento. Sobre todo cuando se trata

de aquellas palabras que son, por decirlo así, la moneda más corriente de la sociedad, á causa de sus enlaces y puntos de contacto con todo linaje de objetos, hállase depositado en ellas ese buen sentido, esa razón tan exacta y profunda, como sencilla y exenta de cavilaciones, que el Autor de la naturaleza se ha complacido en derramar sobre las sociedades de un modo tan general, tan sabio y oportuno, como poco apreciado.

En tratándose de señalar el verdadero sentido de una palabra, determinando á punto fijo los lindes de su extensión, y los objetos y relaciones á que se destina, es menester tomar esta palabra, sola, aislada de cuanto pueda obscurecer ó confundir su significado: empezar examinando el sentido más usual en sus aplicaciones más naturales y sencillas, observar luego las demás, y haciéndolo de esta manera, se descubre casi siempre una fina gradación de significaciones, muy variadas sí, pero enlazadas en su tronco por una ramificación espontánea.

Difícil es concebir, á no haberlo probado por experiencia, la claridad, la distinción, la exactitud que de este examen reciben las ideas; pues el examen y análisis de las palabras, es al mismo tiempo un examen y análisis de las ideas. Hállase por lo común en las palabras muy generales la expresión de alguna idea matriz donde van á tomar su origen todas las otras; y cuestiones hay en que determinada ésta con toda precisión, se aclaran, se ordenan, se eslabonan con una facilidad admirable las demás: sintiendo entonces el entendimiento toda la extensión y fuerza de aquel principio: *sigillum veri simplex; la sencillez es el carácter de la verdad.*

Á no seguir este camino, apenas es posible entrar jamás en un conocimiento profundo de las cosas: y se corre mucho riesgo de edificar aéreos sistemas, en vez de establecer sólidas verdades. Tomamos por lo común las ideas científicas de las definiciones que encontramos en los autores: un nombre respetable, un tono magistral y decisivo, una deslumbrante claridad, una apariencia de análisis,